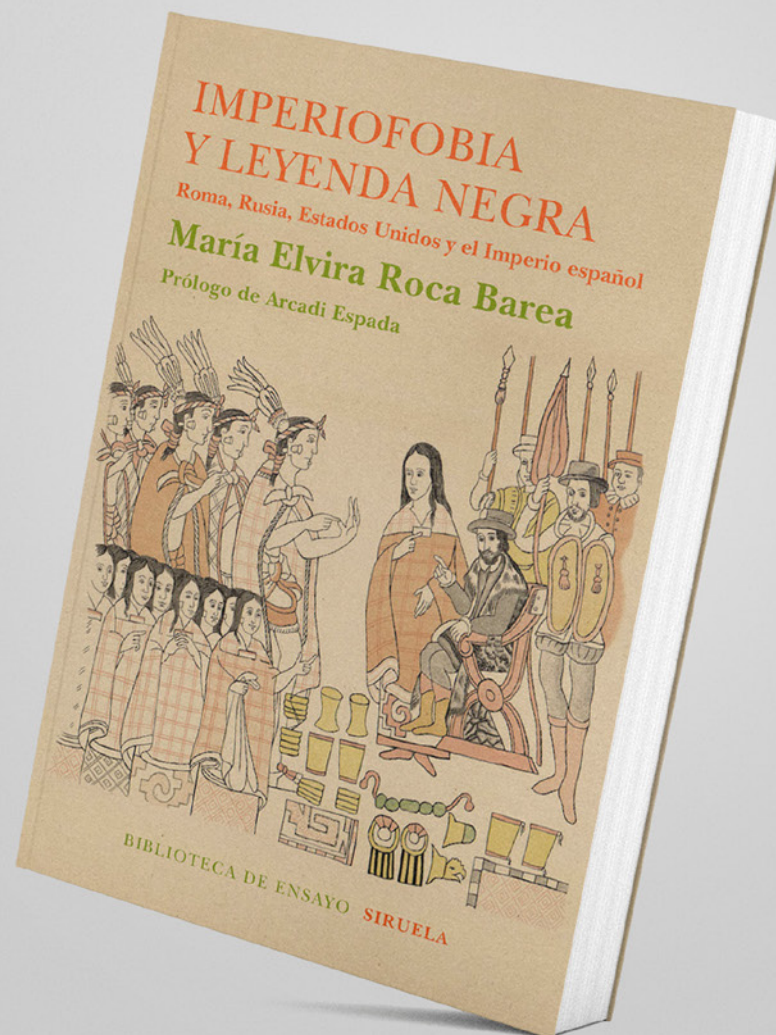


Una historia a rescatar

Reseña/resumen de *Imperofobia y Leyenda Negra*, de Elvira Roca

Luis Zaballa
luis.zaballa@maec.es
OFICINA DE ANÁLISIS Y PREVISIÓN



Análisis

DICIEMBRE 2017

Nº 11

Las opiniones contenidas en el siguiente artículo sólo comprometen a sus autores y no constituyen posiciones oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES
Y DE COOPERACIÓN

‘El futuro será de quien tenga la memoria más larga’, escribió lúcidamente Friedrich Nietzsche. De ser así, es difícil eludir la conclusión de que España tiene un futuro gravemente comprometido.

Pocos intelectuales son tan conscientes de este peligro como la Profesora de Instituto Elvira Roca, autora del audaz ensayo *Imperiofobia y Leyenda Negra* (Siruela, 2016), que ha merecido excelentes críticas, y ya se encuentra en su décimo cuarta edición. A continuación se ofrece un resumen general de su contenido, seguido de una breve valoración.

El concepto de imperiofobia

La comprensión del fenómeno de la imperiofobia requiere el esclarecimiento previo del concepto de imperio, al que la profesora Roca da un significado específico, opuesto a la noción convencional de dominio colonial. Define el imperio, en términos positivos, como la ‘expansión incluyente’ de un Estado que *se replica a sí mismo*, generando nuevas comunidades políticas a las que traslada sus instituciones de gobierno. Se caracteriza, además, por el *mestizaje biológico y cultural* de sus gentes, así como por el *trato igualitario* que reciben, permitiendo una *movilidad social* que rara vez resulta posible en las unidades políticas preexistentes. El imperio es, finalmente, una construcción política *estable*, destinada a perdurar en el tiempo por el *saldo positivo* en las condiciones de vida generadas. En cuanto un imperio da menos de lo que quita, señala Roca, inicia su desintegración.

Siguiendo esta definición, e introduciendo los debidos matices, la autora reconoce como verdaderos imperios el romano, el ruso, el estadounidense, y el español, lo que se refleja en el subtítulo del libro (*Roma, Rusia, Estados Unidos*

y el Imperio español). Evita, en cambio, la designación de imperio para los grandes dominios de origen británico, francés, o neerlandés, que en su concepción constituirían simples *expansiones coloniales*, caracterizadas por establecer una relación jerárquica radical entre la metrópoli y las colonias, en virtud de la cual éstas constituyen un mero *instrumento* al servicio de aquélla. Las poblaciones desplazadas a los territorios de ultramar carecen de derechos políticos en la metrópoli, y las poblaciones nativas son excluidas. Los censos realizados en las colonias francesas e inglesas, por ejemplo, incluían únicamente a los pobladores europeos, mientras que los censos del Imperio español incorporaban a la población indígena junto a la criolla.

A partir de ahí, define la imperiofobia como un ‘prejuicio de etiología racista’ dirigido contra ‘el pueblo que se convierte en columna vertebral de un imperio’. Es, por tanto, una forma de racismo que no deriva estrictamente de las diferencias de ‘color’ o ‘religión’, aunque generalmente ‘se apoya en ambas’. Su objetivo es denigrar una ‘estirpe’ nacional, con la particularidad de que no nace de la debilidad relativa de esa estirpe, sino de su fortaleza. Supone el rechazo de un pueblo diferente, pero no percibido desde arriba, sino desde abajo.

Otro rasgo distintivo de la imperiofobia es su *aceptabilidad social*, lograda mediante el reclutamiento de una clase intelectual encargada de generar relatos difamatorios. Gracias a la labor de esta intelligentsia, el prejuicio adquiere respetabilidad y se hace prácticamente inmune a la refutación empírica, asegurando así su permanencia en el tiempo.

La imperiofobia de otros imperios

Roma aparece como el primer imperio objeto



Profesora Elvira Roca.

Pocos intelectuales son tan conscientes de este peligro como la Profesora de Instituto Elvira Roca, autora del audaz ensayo Imperiofobia y Leyenda Negra (Siruela, 2016), que ha merecido excelentes críticas, y ya se encuentra en su duodécima edición.

de una literatura difamatoria, o al menos como el primer imperio capaz de *detectarla* y poner de manifiesto su intención y procedimientos. Fue una labor asumida de manera preeminente por el historiador Salustio, que, basándose en los escritos hostiles de Mitriades—una especie de Viriato del Mar Negro—identificó algunos de los ‘tópicos’ de la imperiofobia antirromana

que habrían de reproducirse recurrentemente en imperios posteriores.

Uno de estos tópicos fue el de la ‘sangre mala’ o ‘falta de pedigrí’. A diferencia de los griegos, que procedían de los mismísimos dioses, los romanos tendrían su origen en el rapto de las sabinas, lo que les revelaba como descendientes de malhechores. Otro de esos tópicos fue el de la ‘impiedad’, según el cual los romanos no respetaban nada de lo divino ni de lo humano en los territorios conquistados. Se les acusaba de ser indiferentes a las tradiciones religiosas y políticas locales, remplazando las monarquías teocráticas por una administración imperial carente de legitimidad tradicional.

Otro tópico es el del ‘imperio inconsciente’, según el cual el edificio imperial romano habría resultado de un cúmulo de circunstancias favorables, y no fruto de ningún mérito intelectual o moral. Una versión moderada de este tópico reconocía a los romanos una especial capacidad para hacer la guerra, pero negándoles cualquier otra virtud política o cultural. Incluso en el ámbito militar su fuerza derivaría únicamente de su carácter cruel y sanguinario, y no de su valor o su poder de organización.

En cuanto a la imperiofobia estadounidense, la autora sitúa su origen en la teoría de la degeneración biológica de las especies del Nuevo Mundo, formulada inicialmente por el naturalista Buffon, y divulgada por el propagandista Cornelius de Pauw para desvalorizar el hemisferio americano. La tesis se vio reforzada posteriormente por el racismo científico de autores como Arthur de Gobineau, según el cual las poblaciones humanas degenerarían por efecto de la mezcla racial, algo que estaría afectando especialmente a EEUU, donde la raza superior anglosajona y nórdica se estaría mezclando

con razas europeas inferiores, engendrando inevitablemente poblaciones desprovistas de inteligencia y belleza. Se trataba, claramente, de una variante del tópico de la sangre mala, que finalmente se extendería al ámbito cultural, presentando a EEUU como un desierto de civilización. El instrumento de difamación escogido en este caso fue el del *libro de viajes*, en el que autores ingleses como Frances Trollope o el propio Charles Dickens, se encargaron de generar el estereotipo—ya asentado en nuestros días—de los estadounidenses como gente ‘hortera, ignorante... e hipermaterialista’.

La imperiofobia rusa, finalmente, se desplegaría en tres etapas diferentes:

En la primera etapa, iniciada en el siglo XVII, las potencias europeas carentes de expansión ultramarina planearon repartirse el territorio ruso basándose en la creencia de que su pueblo no era realmente europeo. Ahí surgió el tópico de que ‘al arañar a un ruso se descubre un tártaro’, que sirvió de estímulo para el reparto territorial. Su planificación se encargó, curiosamente, al filósofo alemán Gottfried Leibniz, si bien el proyecto se vio frustrado por el resurgimiento de Rusia de la mano de Pedro el Grande.

En la segunda etapa, impulsada primordialmente por la Ilustración francesa del siglo XVIII, hubo un intento de *patronazgo intelectual* de Francia sobre Rusia basado en el nuevo concepto de ‘civilización’ que, en la práctica, se entendía como aquello que tenían los franceses y los rusos no. De ahí se pasó a un plan de *dominación política* fundado en la nueva noción del peligro ruso. Para acreditar la idea, se hizo uso de una técnica recurrente en la imperiofobia, que es la *fabricación de documentos auto-incriminatorios*. En este caso se trató del falso *Testamento de Pedro el Grande*, ampliamente difundido por Na-

poleón con el fin de mostrar que—en ausencia de una acción preventiva—Europa se convertiría en ‘el botín de Rusia’. La acción preventiva se concretó años después en la invasión de Rusia, con los resultados conocidos.

En la tercera etapa, activada en el siglo XIX con ocasión de la Guerra de Crimea, se organizó una campaña desde la prensa inglesa en la que se generó el estereotipo del ruso agresivo e ignorante, simbolizado por la caricatura del feroz oso ruso. Un artículo de portada de *The Times* comenzaba, elocuentemente, con la siguiente frase: ‘The policy of Russia has long been impregnated with the spirit of deadly hostility to England’.

La imperiofobia española o Leyenda Negra

La autora comienza su estudio de la Leyenda Negra subrayando el hecho de que ni en español ni en ningún otro idioma es necesario añadir el calificativo ‘española’ a la expresión, ya que está implícito en su significado. Sitúa los orígenes de la expresión en dos conferencias de Emilia Pardo Bazán (1899) y Vicente Blasco Ibáñez (1909). Si la primera aludía específicamente a la propaganda antiespañola difundida con ocasión de la Guerra Hispano-Americana de 1898, la segunda ya aplicaba el concepto a ‘varios siglos de propaganda antipatriótica’. Pero sería el libro monográfico de Julián Juderías *La Leyenda Negra* (1914) el que consolidaría la expresión en su sentido más amplio, examinando a fondo su realidad histórica. La profesora Roca resume el contenido de la Leyenda Negra con tres conceptos básicos: ‘es opinión, es contra España, y es infundada’.

Afronta, por otra parte, una literatura reciente tendente a negar la vigencia actual de la

Leyenda Negra (Henry Kamen, por ejemplo), o incluso a negarla como realidad histórica (Ricardo García Cárcel), quedando, así, como un espejismo, o como una obsesión narcisista de los españoles. Para refutar la tesis, la autora presenta, entre otros documentos, un interesante informe del *American Council of Education*, de 1944, que, tras revisar los libros de texto estadounidenses desde la óptica de la Leyenda Negra, concluye resueltamente: ‘Indicios de este prejuicio se han encontrado en casi todos los estudios... La abolición de la Leyenda Negra... es uno de nuestros mayores problemas, tanto en el aspecto educativo e intelectual como político’.

En su desarrollo histórico, la Leyenda Negra se desplegará en sucesivas fases, cada una de las cuales incorpora nuevas técnicas propagandísticas y nuevos tópicos difamatorios.

La primera de ellas sería la *fase italiana*, originada por la presencia aragonesa, y luego española, en la que surgieron muchas de las técnicas y tópicos que se reutilizarían en fases posteriores. Frente a quienes interpretan esta continuidad posterior como una *consecuencia histórica* de la fase italiana, la autora entiende que se trata más bien de un *aprovechamiento* de ideas preexistentes de acuerdo a las necesidades propias de cada fase.

Lo más característico de la fase italiana es el reclutamiento de intelectuales para fines propagandísticos, labor asumida por una variedad de *humanistas* del Renacimiento.

Uno de los más significados fue el florentino Paulo Jovio, que en una serie de *Historias* ampliamente divulgadas denunció la presencia supuestamente opresiva de los españoles, atribuyéndola a la naturaleza inherentemente defectuosa del pueblo español. Los escritos no

encontraron ninguna respuesta del Imperio, pero sí una respuesta personal, de la mano del explorador y conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, que en su libro *El Antijovio* identificó ciertas argucias difamatorias, como el empleo de la *media verdad* para camuflar la mentira entre hechos verdaderos, o el uso del *halago táctico* para enmascarar el móvil calumnioso del autor. Fue uno de los primeros esfuerzos en contrarrestar la propaganda antiespañola, pero nunca llegó a publicarse—hasta 1952—lo que pone de relieve uno de los rasgos más llamativos del Imperio español en este ámbito: su *indefensión estructural*.

Entre los tópicos ventilados por Jovio y otros humanistas destaca el de la supuesta *impiedad española* y el de la *falta de pedigrí* del pueblo español. La impiedad era invocada cada vez que un Papa rompía su alianza política con España, y se observa en las palabras del propio Paulo IV llamando a los españoles ‘herejes, cismáticos y... hez del mundo’. La acusación de falta de pedigrí se basaba en la mezcla de sangre con los sarracenos y, especialmente, con los judíos, hasta el punto de referirse comúnmente a los españoles como ‘marranos’. A estos dos tópicos se sumó un tercero, el del supuesto carácter *medieval* de los españoles, que no pocos historiadores han asumido como un hecho cierto, presentando el Renacimiento italiano como un fenómeno cultural que surgió *a pesar de la presencia española*. Roca disiente radicalmente de esta interpretación, señalando que difícilmente habría florecido el Renacimiento italiano si no fuera bajo el ‘paraguas protector’ del Imperio español, que defendió eficazmente la península itálica de los embates del Imperio otomano.

La fase italiana fue seguida por la *fase pro-*

testante, en la que cabría distinguir, a su vez, tres vertientes: la alemana, la neerlandesa, y la inglesa. Las tres formarían parte de lo que tradicionalmente se denomina Guerras de Religión, aunque la autora las concibe más bien como Guerras Anti-imperiales. Apunta, en este sentido, el hecho de que a la Liga de Esmalcalda, formada por fuerzas protestantes, se sumó la católica Francia en 1531, lo que pondría de manifiesto la naturaleza anti-imperial de la empresa.

La vertiente alemana tendría su origen en la crisis del régimen feudal germánico, que ocasionaría una grave depauperación del campesinado y de la propia aristocracia. Como vía de salida, se promovió la idea de que el catolicismo era un poder político extranjero (italiano, español, etc.), lo que justificaba la confiscación de sus bienes. Se reclamó el apoyo del emperador Carlos, que naturalmente lo negó, estallando la conflagración irremediablemente.

La reconfiguración ideológica del problema económico requería el concurso de los intelectuales, destacando entre ellos el monje agustino Martín Lutero, que dirigiría sus invectivas contra el Papa, a quien calificó de 'Anticristo', y contra España, como sustentadora del Imperio, llegando a escribir que 'los españoles evidentemente son bestias'. Roca se esfuerza en demostrar que el resultado de esa operación política fue una verdadera *guerra civil germánica* protagonizada por alemanes en ambos bandos, por más que se presentase como una guerra religiosa y de emancipación nacional.

Un aspecto importante de la imperiofobia alemana es la explotación decidida de la *imprensa* como arma de guerra propagandística, hasta el punto de poder afirmarse que la combinación de la imprenta con las técnicas difa-

La autora se refiere al ocultamiento de las derrotas propias como una técnica de borrado, muy común en los países con tradición propagandística, y que ha pasado generalmente desapercibida en países como España, que incluso han llegado a asumir esta historiografía selectiva



Gonzalo Jiménez de Quesada

matorias preexistentes supone, en realidad, el origen de la propaganda en sentido moderno. La imprenta se empleó, además, para la reproducción de *imágenes*, por primera vez a escala masiva, lo que permitió llegar a un amplio público iletrado. El impacto social y el poder movilizador que mostraron tener unas imágenes incriminatorias, deliberadamente escabrosas, facilitó el descubrimiento de que el poder de la propaganda reside en su capacidad para *excitar emociones* entre el público, más que en transmitir argumentos.

La vertiente inglesa de la imperiofobia protestante tendría su origen en el reinado de Enrique VIII, especialmente a raíz de la constitución de la Iglesia de Inglaterra, y alcanzaría su apogeo con la Guerra Anglo-Española (1585-1604), que enfrentó a Isabel I y Felipe II. Pero la rivalidad continuaría, como muestra la sentencia pronunciada décadas después por Oliver Cromwell ante el Parlamento: 'Nuestro verdadero enemigo es el español. Es él. Es un enemigo natural'. Roca define los términos de esta rivalidad señalando que Inglaterra era la cabeza del mundo protestante, y España la cabeza del mundo católico, lo que explica su persistencia en el tiempo, incluso hasta nuestros días.

El principal tópico imperiofobo fue, en todo caso, el de la impiedad española. Cromwell concluyó su diatriba parlamentaria contra el pueblo español invocando 'esa enemistad que hay en él contra todo lo que es Dios'. Ahí surgió también un tópico nuevo, el de la supuesta *incompetencia y torpeza española*. El tópico se aplicó especialmente al fracaso de la 'Armada Invencible', si bien prevaleció finalmente la propaganda de autoexaltación sobre la de difamación—con la que es incompatible en este ámbito.

Buena parte de la historiografía inglesa ha glosado esta batalla como un punto de inflexión en el que Inglaterra tomaría el relevo de España en el dominio de los mares, algo que aún se refleja en las películas dedicadas periódicamente a Isabel I. Roca muestra que en su momento nadie interpretó la batalla en esos términos, y que, de hecho, forma parte de una larga guerra que concluyó con el Acuerdo de Londres de 1604, sustancialmente favorable a los intereses de España. Aprovecha para señalar que la armada inglesa fue vencida por la española en sucesivas ocasiones (Veracruz 1568, Contra-Armada 1589, Cartagena de Indias 1740, Argentina 1804 y 1806), aunque lo desconozca la mayoría del público porque, a diferencia del fracaso de la Invencible, no aparece en los libros de texto, ni en el cine. La autora se refiere a este ocultamiento de las derrotas propias como una *técnica de borrado*, muy común en los países con tradición propagandística, y que ha pasado generalmente desapercibida en países como España, que incluso han llegado a asumir esta historiografía selectiva.

La vertiente neerlandesa se desarrolló en el contexto de la Guerra de Flandes (1568-1648), conocida fuera de España como Revuelta Holandesa o Neerlandesa. Ya el nombre evoca una lucha de emancipación nacional frente a una potencia exterior, que sería, por supuesto, España. Así lo sugiere el propio himno nacional de Países Bajos, recogiendo unas palabras supuestamente escritas por Guillermo de Orange: 'Mi alma se atormenta, pueblo noble y fiel, viendo cómo te afrenta el español cruel'.

La autora sostiene que la Guerra de Flandes fue también una guerra civil, originada por un levantamiento anti-imperial y anti-eclesiástico de la alta nobleza neerlandesa que partió a la

población en dos bandos enfrentados. Así, en 1573 el ejército del duque de Alba integraba 54.300 soldados, de los cuales sólo 7.900 eran españoles, mientras que el número de soldados flamencos ascendía a 30.000. En cambio, los ejércitos orangistas tuvieron siempre un fuerte componente de mercenarios alemanes y hugonotes franceses, todo lo cual conduce a la autora a la asombrosa conclusión de 'hubo más holandeses luchando en el lado realista que en el orangista'.

La propaganda antiespañola del bando orangista obedecía a una exigencia política específica, consistente en deslegitimar a un emperador que había asumido el dominio sobre Flandes por las vías hereditarias habituales, y de manera incontestada. 'Felipe II era tan rey de Castilla como lo era de los Países Bajos', señala la autora, 'de manera que era difícil convencer a la opinión pública' de su ilegitimidad. A esta estrategia obedece precisamente la acusación *totalmente infundada* de que Felipe II hubiera asesinado a su hijo Carlos, historia que se perpetuaría en el imaginario colectivo europeo a través de las novelas de Saint-Real (1673) y de Schiller (1787), así como en la famosa ópera de Verdi (1876).

El éxito de esta propaganda negra, unido a la utilización sistemática de diversas técnicas de manipulación de la opinión pública disponibles en la época (impresión, imágenes, etc.) confieren a Guillermo de Orange el título de padre de la propaganda moderna. Roca llega a definirle incluso como 'uno de los creadores del mundo moderno' por este preciso motivo.

Finalmente, la *fase ilustrada* de la imperiofobia antiespañola aparece en gran medida como una reedición de la fase italiana, donde la élite intelectual ilustrada reproduce los tópicos ge-



Moneda anticipatoria del triunfo inglés sobre la armada española en Cartagena de Indias (1740). Al no verificarse la victoria, se mandó retirar la serie completa, aunque algunas piezas sobrevivieron. Perfecto ejemplo de 'borrado' historiográfico.

El tópico de la Inquisición como agente de terror en la sociedad española, responsable de torturas y muertes masivas, es afrontado por la autora desde la meticulosa revisión de 44.000 expedientes inquisitoriales

nerados por su predecesora 'humanista'. Es el caso, por ejemplo, de la acusación de atraso y medievalismo español, aunque ya no esté aparejada al cargo de impiedad. Por el contrario, para los ilustrados el problema de España era precisamente su excesiva devoción religiosa y su sometimiento a las consignas eclesiásticas.

Fue entonces cuando apareció la noción de que el declive político y cultural de la España del siglo XVIII obedecía, en última instancia, a la asfixia de la libertad intelectual provocada por la Inquisición a través de su Índice de Libros Prohibidos. Roca se esfuerza en desmontar esta tesis, señalando que la Inquisición se limitaba a condicionar la publicación de libros religiosos potencialmente heréticos, y que no afectaba a la divulgación de ideas en el ámbito literario, filosófico o científico, por lo que difícilmente pudo haber tenido el efecto devastador que se le asigna en estos ámbitos. Advierte, además, que los países europeos contemporáneos, y en particular los protestantes, tenían sistemas de censura tan restrictivos como los españoles, o incluso más restrictivos. La propia Francia ilustrada mantenía un doble sistema de censura, estatal y eclesiástico, que prohibió buen número de obras publicadas libremente en España.

A partir de ahí, la autora reflexiona sobre la técnica de borrado, aplicada originalmente en la propaganda protestante, y desarrollada después en la propaganda ilustrada. Critica, por ejemplo, que los actuales libros de texto asocian la Ilustración con los más altos ideales humanos, al tiempo que ocultan la justificación de la trata de esclavos por parte de sus principales representantes intelectuales, haciendo del siglo XVIII el gran siglo de la esclavitud. Montesquieu, por ejemplo, defendía la 'ser-

vidumbre natural de los indios', y atribuía el declive de España al mestizaje masivo con las razas americanas, abundando así en el viejo tópico de la sangre mala de los españoles.

Es importante advertir que la técnica propagandística del borrado no sirve únicamente al propósito de ocultar los deméritos propios, sino también los *méritos ajenos*. Roca señala, en particular, que buena parte de las grandes contribuciones intelectuales atribuidas a la Ilustración tenían su origen en el Renacimiento (y muy señaladamente en la Escolástica española), sin que los autores se dignasen a reconocer sus fuentes, de tal modo que sus ideas se presentan como apariciones ahistóricas ('como setas', dice Roca), sin antecedentes intelectuales y sin contexto histórico.

En la Ilustración surgiría un tópico adicional, ampliamente divulgado, consistente en atribuir el relativo atraso de España, e incluso su falta de 'civilización', a la expulsión de los judíos decretada en 1492, algo que habría privado al país de una población particularmente dinámica en lo económico y en lo intelectual. Sin dejar de lamentar el coste humano que tuvo la expulsión, Roca desestima esta tesis por completo, señalando que los siglos que siguieron fueron precisamente los de ascenso y esplendor de España en todos los ámbitos.

La Inquisición y la Conquista

El tópico de la Inquisición como agente de terror en la sociedad española, responsable de torturas y muertes masivas, es afrontado por la autora desde la meticulosa revisión de 44.000 expedientes inquisitoriales, realizada por Gustav Henningsen y Jaime Contreras, que reveló que entre 1540 y 1700 se había condenado a muerte a 1.346 acusados (lo que supo-

ne una media de unos 9 ejecutados al año). La cuenta incluye, por lo demás, delitos como la violación, el abuso de menores, la falsificación de moneda o el contrabando de armas, generalmente perseguidos por los tribunales estatales. Como contraste en términos de escala, cita los trabajos del historiador británico James Stephen, que mostraron que en Inglaterra se había ejecutado a 264.000 personas en tres siglos (unos 900 al año).

Los estudios han venido a mostrar, además, que el procedimiento inquisitorial, lejos de estar dominado por la tortura, fue el más garantista de la época. Roca recoge estudios que revelan que menos del 2% de los procesos inquisitoriales incluyeron alguna forma de tortura, y que incluso esta práctica marginal estuvo sujeta a constante revisión y restricción, hasta el punto de que la Inquisición fue, en su estimación, 'el primer tribunal del mundo que prohibió la tortura, cien años antes de que esta prohibición se generalizara'.

En cuanto a la persecución de la brujería, Roca se refiere a la junta de teólogos celebrada en Granada en 1526, que sirvió para fijar el escepticismo de la Iglesia española ante este fenómeno. Restringió drásticamente la definición de los casos perseguibles, que en todo caso debían cesar con el arrepentimiento de la encausada. El contraste con el tratamiento de la bujería en otros países europeos, fundamentalmente protestantes, resulta abrumador. Henningsen calcula que fueron quemadas unas 50.000 brujas (la mitad en Alemania, 4.000 en Suiza, 4.000 en Francia, y 1.500 en Inglaterra), atribuyendo a la Inquisición exactamente 27.

La autora examina, finalmente, las persecuciones religiosas que se produjeron en el mun-

do protestante, como ya hiciera Juderías un siglo antes. El principio *cuius regio, eius religio*, conforme al cual los súbditos debían adoptar la fe de su príncipe, desató persecuciones religiosas masivas en una y otra dirección, convirtiendo en un sarcasmo el principio de 'libertad de conciencia'. Roca subraya, además, que gran parte de las guerras y persecuciones religiosas enfrentaron entre sí a las diferentes facciones protestantes, hasta el punto de afirmar que 'provocaron más muertes que las luchas contra los católicos'.

En cuanto a la Leyenda Negra de la conquista de América, estudia el caso de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, señalando que Bartolomé de Las Casas no pudo presenciar las masacres que describió—cosa que él mismo reconoció después—pero que alcanzaron una difusión masiva a través de las impresos de Flandes, Inglaterra y Alemania, ilustradas con los escabrosos grabados de Theodor de Bry. La técnica propagandística de emplear un (falso) testigo presencial de hechos incriminatorios se combinó, de este modo, con la explotación de la imprenta y la exacerbación de emociones mediante imágenes gráficas.

Roca contrasta el destino que tuvieron los indígenas americanos bajo el Imperio español y bajo el dominio británico y americano. Incide en el reconocimiento de la *igualdad natural* de los indígenas desde tiempos de los Reyes Católicos, que se tradujo en toda una legislación dedicada a preservar su población y evitar su explotación, así como en la práctica del mestizaje, impulsada por las autoridades imperiales. Entre los factores que explicarían la ausencia de una política semejante en el Norte, alude a la inexistencia de un 'clero insumiso' escuchado por los gobernantes.

Aborda igualmente el tópico, aún sostenido en publicaciones actuales, de que el retraso actual de América Latina respecto a América del Norte se debería a una cultura del emprendimiento y la ciencia, supuestamente existente en el dominio británico y no en el español. Roca critica esta idea subrayando que, en el momento de producirse la independencia americana, la ciudad de México era notoriamente más grande, dinámica y rica que Washington, y que los salarios de los indígenas eran los más altos del mundo occidental. El contraste es coherente con el número, muy superior, de imprentas, universidades, publicaciones científicas, y hospitales acreditado en el Imperio español.

La persistencia de la Leyenda Negra

Los tópicos de la Leyenda Negra pervivieron más allá de la Ilustración. En el siglo XIX se reeditaron fundamentalmente a través de los libros de viajes, en los que los relatores se esforzaban en buscar la España atrasada y exótica que ya traían en mente, teniendo como efecto una orientalización de nuestro país como algo ajeno a Europa. La mayoría de estos tópicos pervivieron a lo largo del siglo XX, e incluso se han revitalizado a principios del siglo XXI para dar credibilidad a la campaña mediático-financiera de los PIGS, empeñada en probar la supuesta insolvencia histórica de España.

Roca toma este hecho como prueba de que la Leyenda Negra es una realidad *actual* que ofrece un campo abonado para quienes quieran atacar a España, y que facilita, de hecho, que los españoles estén soportando, a día de hoy, unos intereses de deuda más gravosos que otros países con peor historia financiera. Esto le lleva a preguntarse por las causas de la extraña persistencia de la imperiofobia espa-

ñola, cuando los motivos que la engendraron ya son historia.

Una de las respuestas que sugiere es que la Leyenda Negra forma parte de la narrativa fundacional de las naciones protestantes (Alemania, Reino Unido y Países Bajos, fundamentalmente), y que ese relato resulta útil, aún hoy, para apuntalar su realidad nacional. Algo parecido ocurriría con Francia, cuya narrativa nacional se funda en la Ilustración. A este hecho se sumaría, por otra parte, la actitud de la Iglesia católica, renuente a enfrentarse a estas naciones, aún en el campo propagandístico, *para no dificultar una reconciliación confesional* en la que nunca ha dejado de creer. La indefensión secular de España—aliada tradicional de la Iglesia—se explicaría por este mismo motivo.

Pero Roca apunta otro hecho esencial, que es la colaboración activa de buena parte de la intelectualidad española en la aceptación y divulgación de los tópicos de la imperiofobia. Menciona el caso de Goya, por ejemplo, que—de forma probablemente honesta—dibujó unos Autos de fe de la Inquisición que jamás pudo haber presenciado, por haber desaparecido mucho antes de su época; o al propio Ortega, que trajo de Alemania la noción de que la disposición para la ciencia y el trabajo estaba ligada a la sangre germánica, y que la sangre germánica heredada por los españoles provenía de los visigodos, que eran una raza ya degenerada. Así explicaría el atraso y la descomposición de la España invertebrada de principios del siglo XX (otra vez la sangre mala de los españoles).

Pero aun esta colaboración de los intelectuales requiere una explicación, ya que no es común a otros países. La autora ofrece aquí una explicación de carácter psicológico, señalando

la tentación de las clases dirigentes post-imperiales de sacudirse la responsabilidad por la pérdida del Imperio, negando toda vinculación con las clases dirigentes que efectivamente consintieron esa pérdida.

Valoración

Es un acierto, sin duda, insertar el estudio de la Leyenda Negra en el fenómeno más amplio de la imperiofobia, ya que permite identificar los diferentes tópicos y métodos empleados, así como comprender las causas que la originan. El neologismo 'imperiofobia', por su parte, merece un juicio ambivalente. Se muestra, por un lado, como un concepto funcional, capaz de transmitir una tesis en un único vocablo, y en este sentido se perfila como un 'meme' eficaz que probablemente haya contribuido al éxito del libro. Por otro lado, se inscribe en una moda terminológica de nuestros días, consistente en definir las posiciones del adversario ideológico en términos de 'fobia'—irracional por su propia naturaleza—lo que dificulta el debate racional. Los imperios pueden ser objeto de crítica racional, sin duda ninguna, y el Imperio español también, como es natural. Cabe suponer que la profesora Roca compartiría esta idea, pero habría sido útil que de algún modo la hubiera hecho explícita.

Otro de los méritos del libro consiste en preguntarse por la persistencia de la Leyenda Negra, cuando hace siglos que España ha dejado de ser una potencia dominante en el mundo. Algunas de las explicaciones que propone resultan sugerentes, y probablemente acertadas, pero no está claro sean plenamente satisfactorias. Sería de gran utilidad, en este sentido, que la línea de investigación emprendida por la autora tuviera continuidad.



Auto de fe imaginado por Francisco de Goya.

La profesora Roca forma parte de una valiosa tradición de autores que han asumido en soledad la defensa de la verdad histórica de España.

Descendiendo al detalle, cabe notar que la obra comparte con otros textos críticos de la Leyenda Negra la reproducción de un relato sobre la vida de Bartolomé de Las Casas que no se ajusta rigurosamente a la realidad, y es la idea de que Las Casas atribuyó una naturaleza diferente a los nativos americanos y africanos, sacrificando a estos últimos para salvar a los primeros. La idea suele expresarse en el contexto de la—merecida—crítica a Las Casas por su contribución a la Leyenda Negra a través de su *Brevísima relación*. Pero, como se esforzó en demostrar el principal biógrafo de Las Casas,

Isacio Pérez, no hay un solo pasaje de su obra en que rebaje la naturaleza de los africanos, o de ningún otro grupo racial, afirmando, por el contrario, de manera solemne y reiterada, que 'todas las naciones son humanas' y que 'el linaje de los hombres es uno'.

El origen histórico de esta imputación contra Las Casas se encuentra, al parecer, en la petición que trasladó al Rey de enviar esclavos a La Española para remplazar a los indígenas de la isla, que estaban desapareciendo—seguramente por la importación de enfermedades del Viejo Mundo. Pérez señala que el documento de solicitud hacía referencia a esclavos 'negros o blancos', y en el entendido de que no se trataba de esclavos cazados ilícitamente, sino de esclavos condenados en juicio por la comisión de algún delito que, como la sedición, aparejaba esta pena privativa de libertad. Con todo, Las Casas reconocería años después estar 'arrepiso' por no haberse informado mejor del origen de los esclavos, que efectivamente

era ilícito. No parece justo, en todo caso, que un error enturbie la realidad de una vida entera dedicada a la defensa de los indígenas americanos—y de los propios africanos, como acredita Pérez—y carece por completo de sentido que la crítica de la Leyenda Negra conduzca a España a renegar de una figura de la altura moral y la trascendencia histórica de Las Casas.

La profesora Roca forma parte de una valiosa tradición de autores que han asumido en soledad la defensa de la verdad histórica de España. A esa tradición pertenecen literatos como Pardo Bazán o Blasco Ibáñez, hispanistas como Philip Powell o Sverker Arnoldson, y funcionarios públicos como Julián Juderías o—recientemente—Alberto Ibáñez. Cuando se considera la proveniencia profesional de todos estos autores, sorprende la casi total deserción de la universidad española, lo que inevitablemente lleva a preguntarse si los profesores y catedráticos españoles no tienen ningún interés en esclarecer la verdad histórica de nuestro país frente a la propaganda oscurantista. La pregunta es particularmente acuciante en el caso de la universidad pública, sostenida con los impuestos de los contribuyentes españoles.

Constituye, en efecto, un gran vacío en el centro de la vida intelectual de España, que en sí mismo requiere una explicación histórica, política o sociológica, y que en todo caso realza el mérito de esfuerzos personales como el de Elvira Roca, cuyo libro es probablemente el estudio más amplio y sistemático que se haya escrito sobre el tema de la Leyenda Negra; esa fantasía que Arnoldson definiera como la mayor 'alucinación colectiva' que ha vivido Occidente.